



BIBLIOTECA

ML315
-5
-M5
P3

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909.



ACERVO GENERAL

122677

A. 4306

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp. — VALENCIA

FRONTIS EN PAPEL

QUE A MANERA DE PARANINFO, PROEMIO Ó PRÓLOGO EXPLICA
Y COMENTA EL TÍTULO DE ESTE LIBREJO

En el rico repertorio paremiológico español, tan variado como abundante, figura el siguiente refrán, no menos interesante por ser poco vulgar y conocido: *¡Para música vamos! —dijo la zorra*, que según sabios exégetas y truchimanés hábiles, se aplica á todo aquel que fuera de propósito y con pretextos más ó menos fundamentados, pretende embarazar á cualesquiera en medio de sus ocupaciones ó pasatiempos. Y es lo cierto que semejante paremia se aviene como anillo al dedo ó pedrada en ojo de boticario á mi intento de publicar reunidos en haz y manajo esta serie de trabajos concernientes á la música española. Porque es evidente que nuestros sabios filarmónicos al uso, entretenidos en descifrar charadas armónicas tudescas, ó cuando menos arrobados escuchando los trinos y gorjeos de tenores gárrulos y tiples fenómenos, no tienen tiempo que perder en ocuparse de las manifestaciones del arte músico en España y de la personalidad de sus cultivadores. *¡Música española, dijiste! Tate, tate, folloncico... ¡Para música vamos!*

Por eso antes de que me endilguen la moraleja, sin desviarme por ello de mi propósito, me la aplico yo mismo, y trampa adelante. Así como así, y pese á quien pese, este librejo, aunque no lo parezca, tiene sus pretensiones trascendentales, y hasta si se me aprieta un poco, su miaja de envidia filosófica.

Poco optimista, á decir verdad, pues aquel que se tomare el trabajo de leerlo—¡paciencia te dé Dios, hijo!—podrá sacar la consecuencia viendo el poco ó ningún caso que hasta ahora hemos hecho de lo escaso bueno que hemos producido y los enormes tinglados de gloria que sin ton ni son hemos levantado por brujerías de poca monta; que en efecto hay que resignarse y reconocer que ni se hizo la miel para la boca del asno, ni el mal por el pronto, es decir, hasta que nos desasnemos, tiene remedio. Una vez más, y aquí vuelve á ajustarse la parría como tuerca á su tornillo ó llave á su cerradura: *¡Para música vamos!*

Si, como se ve, el público no carece de razón para decir lo que la zorra, á mí tampoco me faltan motivos para hacer la misma exclamación. No en balde, en veinte años que llevo de ejercer la crítica musical, con más disgustos y sinsabores que resultados prácticos, he asistido á tantas injusticias cometidas á sabiendas y presenciado tantos triunfos, tan efímeros como amañados, y tantas exaltaciones ridículas. Á cada paso, por no decir tropiezo, se echaban las campanas al vuelo, y se alborotaba el cotarro gritando con mayor ó menor entusiasmo: *¡Ya ha nacido la ópera española!* cuando en puridad de verdad la montaña había parido un *ridiculus mus*, sin que nadie se percatase de que lo que todos buscaban existía y era públicamente conocido en toda Europa. Pero nosotros tan frescos, subiditos en la parría y oyendo llover. ¡Cuando digo que la enfermedad no tiene curación!

Alejado de nuestra patria ha ya largos años, por tristes destinos ó malas voluntades, he tenido ocasión de recorrer gran parte de las naciones europeas, pudiendo aprender mucho en mis correrías. Confesaré que he oído cantar en italiano, alemán, francés, ruso, inglés, holandés, sueco, noruego, dinamarqués, flamenco. ¡qué sé yo! sin que nunca haya podido explicarme á qué obedece que siendo el castellano un idioma tan armónico y sonoro, y uno de los que más se hablan en el globo terráqueo, no se cante todavía en español, y seamos la única nación—sin contar á Portugal, nuestra digna hermana—

que sigue pagando un fiel y consecuente tributo al arte italiano, aceptando sin chistar rancias cascarrías, desde hace mucho tiempo fuera de circulación y mandadas recoger. El repertorio de nuestros teatros líricos—la ópera italiana es la única manifestación musical que entre nosotros tiene algunos asomos de vida—es comparable, no diré á un museo de antigüedades, sino á un almacén de trastos viejos.

Y es que entre nosotros, la música como especulación ideológica y expresión sentimental de la vida interna carece de todo valor: lo que en ella se busca y aprecia es el deleite puramente sensual, el goce casi físico producido por las vibraciones sonoras; es decir, lo que satisface á los niños y á los seres primitivos. Contentándonos con tan poco, ¿á qué meter nos en honduras y proporcionarnos quebraderos de cabeza? He aquí, en mi entender, la causa principal por la que la verdadera música, y en ella incluyo el drama lírico, no puede aclimatarse en España. También pudiera estribar en esto el que no se cante en castellano. Embelesados los sentidos con arabescos melódicos, ¿qué necesidad hay de preocuparse con conceptos é ideas que den trabajo al intelecto? En este caso lo mejor sería de una vez suprimir la palabra y entregarnos de lleno al alto placer espiritual de escuchar mirlos y canarios, y francamente, con los oradores políticos me parece que tenemos bastante.

No he de molestarme mucho en buscar en el extranjero argumentos que consoliden y afirmen mi tesis, cuando sin salir de casa los podemos encontrar de primer orden. No hace un siglo que el ilustre *Don Alberto Lista*, á quien nadie tachará ni de progresista ni de revolucionario, pronunciaba las siguientes palabras desde su cátedra de Literatura dramática del Ateneo de Madrid:

«La ópera es el más ideal de los géneros de composición dramática. La música es en ella el lenguaje de los afectos y de las ideas, y así sus reglas pertenecen más bien á la ciencia de la armonía que á la de la literatura. Sin embargo, no creemos que se debe descuidar tan absolutamente como se

hace por lo general la parte literaria y poética de la ópera. Estamos persuadidos de que los buenos versos como los de Metastasio serian muy favorables al compositor músico que conociese la poesía de su arte y que la reunión de versos excelentes con excelente música produciria el efecto mayor que las bellas artes pueden producir. La música tiene más influencia sobre el hombre que el lenguaje hablado, pero esta influencia es más vaga: dice más, pero es más vago lo que dice. Si su expresión se fijase por los buenos versos, haria una impresión profundísima. De esta ventaja se privan los compositores que hacen poco caso de la letra, y los actores que la pronuncian de modo que casi no se les entiende... ¿De qué nace esto? ¿Por qué motivo se ha de despreciar una impresión tan grande como pudieran hacer música y poesía unidas?... Si la ópera se ha de reducir á un conjunto de versos indistintos ó inarticulados, para eso basta con la música instrumental. ¿Para qué se canta, si no se ha de entender lo que se canta?» (1).

Conste que el mismo Wágner, hablando del drama lírico, no ha dicho nada más oportuno, razonable y sensato. Por mi parte, á las razones expuestas por el ilustre literato español me atengo, siendo de lamentar que tan excelente oración resultase, como tantas veces sucede entre nosotros, un verdadero sermón perdido.

Tiempo es ya de dar remate á esta larga introducción. Lea, pues, el pío lector las páginas que siguen, siempre que lo crea oportuno y encuentre en ellas algún entretenimiento. Aunque no lo parezca, hay entre los diversos trabajos aquí coleccionados cierta unidad é íntima relación, en forma que se completan mutuamente, viniendo á formar una especie de historia algo deslabazada é inconexa de la música profana española durante las postrimerías del siglo décimonono y los albores del actual. Alguna vez—como verbigracia en los artículos *La guitarra española* y *Tomás Luis de Victoria*—he vuelto una mirada hacia atrás, con objeto de buscar consuelo en las glo-

(1) Vid: *Curso de Literatura Dramática*. Lección primera, (Madrid, 1839.)

rias y grandezas del pasado á las tristezas y sinsabores del presente. Quizás por esto pueda interesar á los curiosos. Inútil creo decir que cuanto escribo es una manifestación leal y sincera de mi modo de pensar y de sentir, y aunque pueda parecer como presumido ó pretencioso, no vacilaré en declarar que del conjunto se desprenden ciertas enseñanzas, hijas de la experiencia, que pudieran ser muy útiles y provechosas á más de uno. Si así fuera y no me engañase, esta sería la mejor finalidad de mi libro. *Intelligenti pauca*.

RAFAEL MITJANA

Stokholmo, Uppsala, Noviembre 1909.